

Atardecer en Marianao



Ángeles Rivera

Llegaron al centro de la ciudad. Ahí estaba la catedral, los antiguos edificios de primorosa arquitectura, y Mariana recordó a Osvaldo, antaño, con su cámara en alto, tratando de tomarle una foto, y después a Leonel, tomándole una a ella junto a Osvaldo y a Flor de María.

La voz de Iván la trajo de nuevo al presente:

-¿Ya habías estado antes aquí?– preguntaba mirándola fijamente, intrigado ante ese aire ausente de Mariana.

-Sí, hace muchos años – contestó ella sin querer separarse de sus imágenes.

-Bueno, pues me alegro que hayas vuelto, he estado esperando tanto

tiempo que ya casi había perdido la esperanza que regresaras-. Mariana giró rápidamente la cabeza hacia él, asustada. ¿Qué significaban esas palabras?, y él al verse interrogado por la mirada de ella bromeó: -¿Pero que no sabes tú que ya nos conocíamos desde hace muchos años? – Ella le preguntó sin saber por qué.

-¿Hace cuánto tiempo? –y el sonriendo contestó -Hace como veinticinco años. El corazón de Mariana pareció interrumpir sus latidos por segundos, ¿qué estaba pasando?, y lo miró directamente y le pareció que allí estaban de nuevo los ojos de Osvaldo, el mismo color, la misma ternura y sintió deseos de arrojarle a los brazos del hombre que tenía delante pero se detuvo. Era una broma, sin duda, pero que extrañamente coincidía con todo lo que le había

estado pasando recientemente. Y sólo se le ocurrió preguntarle: -¿Y dónde vives? -y el tranquilamente respondió:

-Antes vivía en la provincia pero ahora vivo aquí, en la zona colonial. Mira, te invito a tomar un buchito de café, café clandestino, por supuesto-. Mariana se quedó inmóvil a pesar del ligero jalón que él le daba para llevarla a su casa.

Todo lo que ocurría era tan extraño. Ella había estado en Marianao la noche anterior y había visto su pasado desvanecerse, convertirse en sombras fantasmales. Estaba segura de que así era. ¿Entonces?, sin embargo, una profunda curiosidad la hizo dejarse conducir. Él la tomó de la mano con familiaridad y la condujo a la calle Empedrado, allí, a unas cuadras de donde estaban. Subieron por unas estrechas y sucias escaleras y él se detuvo al final de ellas, sacó una llave de su bolsillo y abrió una puerta de dos hojas, tan sucias como las escaleras, amarillentas. Entraron y la sorpresa de Mariana fue enorme cuando del interior de una pequeña pieza salió una mujer, una anciana que era una copia de Fidelina, la madre de Osvaldo, y que en tono maternal le dijo:

-¡Qué bueno que vienes, te hemos extrañado tanto todo este tiempo!, ¿por qué tardaste tanto en volver?

Mariana sintió el impulso de salir corriendo e hizo el primer movimiento de huida, pero Iván la retuvo suavemente mientras ordenaba a su madre: -preparanos un poco de café. Cuando ella se alejó un tanto, Iván le explicó a Mariana:

-Tuvo una hermana, se llamaba Mariana al igual que tú, trató de salir en una balsa y murió en el mar. Desde entonces mi madre quedó mal y a cualquier mujer que llega aquí la confunde con ella.

Mariana guardó silencio -Sí, eso es posible -pensó, ¿pero por qué se parece tanto a Fidelina? ¿Y por qué tú te pareces tanto a Osvaldo ¿y por qué me has dicho que me conoces desde hace veinticinco años?— Se preguntó -. La mujer regresó trayendo dos minúsculas tazas de porcelana y entonces, al tomar una, Mariana pudo ver dos letras estilo gótico enlazadas: una O y una M. Exactamente iguales a aquellas que Osvaldo mandó grabar en las tacitas donde tomaban el café, allá en Marianao veinticinco años antes... La voz de Iván la sacó de su estupor:

-¿Te gustan las tazas?, mi madre las heredó de una tía suya, se llamaba Fidelina, vivía en Marianao, pero hace mucho que murió -Y sin saber por qué

Mariana preguntó: -¿Y qué fue de Osvaldo?

-¿Quién? -preguntó extrañado Iván.

-Osvaldo, -insistió Mariana- el hijo de Fidelina.

-No, no, Fidelina nunca se casó, no sé de quien me hablas -y la miró fijamente.

Temblorosa, Mariana apuró el café, nerviosa.

-Tengo que irme, la dueña de la casa se duerme temprano y no quiero despertarle.

-Te acompaño -dijo Iván y se levantó. Su cara adquirió una expresión de seriedad y por segundos a Mariana le pareció que estaba ante Osvaldo cuando algo le molestaba o intrigaba. Buscó con la mirada a la anciana que les había servido el café pero no apareció más. Descendieron las escaleras. Él la tomaba del brazo y una sensación de placer recorrió el cuerpo de Mariana.

En la calle, Iván detuvo un taxi y ya instalados en él preguntó a Mariana: -¿No te gustaría dar una vuelta por el Malecón? -Mariana asintió. La

atracción entre los dos iba haciéndose cada vez más poderosa. Se dejaría conducir, no opondría resistencia a lo que sucediera. Todo volvía a ser como antes, o casi.

Habían llegado al Malecón. El mar se levantaba poderoso. Tiempo atrás ella no lo había visto así, le parecía más tranquilo. Ahora las enormes olas le inspiraron temor. La noche ya había avanzado y cuando él puso su brazo sobre sus hombros, la felicidad más profunda se abrió paso dentro de ella.

-¿Y quién es ese Osvaldo por el que preguntaste? -Había un tono de celos en la voz de Iván.

Mientras recorrían a pie el Malecón, ella contó su historia. Él la escuchaba atento.

-¿Y nunca lo buscaste? ¿No querías saber de él?

-Poco después de nuestra separación me casé y no tuve la intención de hacerlo; cuando me divorcié quise volver a verlo, pero había perdido totalmente la pista de él.

No quiso mencionarle que el día anterior había vuelto a Marianao, que sólo había encontrado sombras y soledad.

Sorpresivamente, Iván le preguntó:
-¿Y no te gustaría volver a casarte?

-¡Ah! Ya apareció la propuesta -pensó Mariana. Sabía que muchos hombres del país utilizaban ese medio para salir y le molestaba la idea de ser utilizada para eso. Sin embargo respondió:

-Sí, la verdad es que me siento muy sola.

-¿Aunque sea con uno como yo? -la sonrisa encantadora fue por segundos lo único que existió en el mundo para ella.

En tono de broma, Mariana respondió:-¡A lo mejor si!

Iván detuvo sus pasos y tomándola por los hombros la miró fijamente y ella lo miró a su vez y allí de nuevo, estaba la mirada de Osvaldo y no quiso analizar la situación como hacía siempre al encontrarse ante circunstancias inesperadas.

Cuando la boca de Iván se posó suavemente sobre la de ella, Mariana cerró los ojos y entonces vio con toda nitidez flotando sobre el mar el rostro de Osvaldo; reflejaba una gran felicidad, era como si estuviera asintiendo ante lo que ocurría, contento.

Iván y Mariana pasaron la noche juntos, y toda la pasión que durante tantos años ella guardó para Osvaldo la derramó sobre Iván que por momento la miraba asombrado. Casi amanecía cuando los sudorosos cuerpos se separaron. Mariana recordó aquel reciente sueño: La voz de Osvaldo rogando, insistiendo: -¡Necesito que vuelvas, tenemos que realizar aquel amor! Y ahora estaba aquí, en una cama con un hombre que no era Osvaldo sino un extraño y que además quería utilizarla para salir de su país y entonces se levantó, se puso la ropa de prisa y en el momento en que terminaba de calzarse las zapatillas sintió la mano de Iván alrededor de su muñeca, apretándola y preguntándole con tono enérgico:

-¿A dónde vas, chica?

-Me voy, no sé por qué pasó todo esto, si yo ni te conozco -dijo Mariana, molesta.

-Pero si ya te dije que nos conocemos desde hace muchísimo tiempo.

Sonreía sin soltar la muñeca de Mariana quien pasó de la molestia a la indignación:

-¡Ya estuvo bien de bromas estúpidas, ya te dije: ni siquiera sé quién eres

y no me gusta meterme con desconocidos, no sé qué me pasó!-

Y arrancándose de la mano que la sujetaba, alcanzó la puerta y salió. Estaba furiosa, más consigo misma que con el hombre con el que acababa de dormir. Caminaba de prisa, pisando fuerte, tratando de descargar así su cólera. Marchaba a la orilla del Malecón rápidamente sin saber hacia dónde. La brisa del amanecer comenzó a calmar su agitación.

De pronto vio venir en dirección contraria a un hombre. Era alto, delgado y conforme se acercaba, el parecido con Osvaldo era mayor. ¡Sí, era él! ¡Osvaldo, Osvaldo! ¡Estaba vivo y por fin se encontraban!, y la alegría brincó en su pecho y extendiendo los brazos corrió hacia él, pero entonces la figura comenzó a desvanecerse. Desconcertada, detuvo sus pasos. ¿Qué sucedía?, ¿que era todo aquello? De pronto escuchó una voz. Era Iván que la llamaba: -Espera chica, ¿cómo vas a andar sola?, ¡déjame acompañarte!

Lo sucedido minutos antes había disipado la furia de Mariana. Así pudo hablar a Iván como si no hubiese habido ningún disgusto entre los dos:

-¿Viste algo, viste alguien que acaba de pasar?

-No, chica, vengo siguiéndote desde que saliste pero no vi a nadie, ¿por qué?, ¿acaso viste algún fantasma? - Dijo con un tono travieso. Mariana estuvo a punto de contestar -sí, vi uno, el de Osvaldo-pero prefirió callar. Él pensaría que estaba loca de remate. Así, cuando él la tomó de la mano se dejó conducir

El semblante de Iván reflejaba preocupación:-mira, chica, tú andas mal de los nervios, te hace falta descansar, te invito a pasar unos días en mi pueblo, allí tengo familia; les gustaría conocerte, anda, yo pago todo, tú no te preocupes, ¿sí? -y juntó las manos como implorando. De nuevo el gesto juguetón. En eso era diferente a Osvaldo, quien sonreía muy poco. Seguramente aquella infancia amarga había sellado su carácter de esa manera, podía definírsele como un ser melancólico y esa frecuente tristeza había hecho nacer en Mariana aquella ternura que mucho tenía de compasión por él y por ella misma: infancias dolientes, ambas pobladas de sentimientos de soledad y abandono...en eso y en su gusto por la poesía se habían identificado tanto...

Se habían conocido por medio de una amiga de Mariana que había viajado al país de Osvaldo. Ella le había

traído aquella primera carta; asombrada descubrió que los intereses, ideas, ilusiones eran tan semejantes que desde ese día no pensó en otra cosa que no fuera conocerlo personalmente. En sus sueños conversaba con él y cuando recibió la primera fotografía suya le impresionaron su mirada, su gesto melancólico, las armoniosas y varoniles facciones. Con la llegada de cada carta se acentuaba la necesidad de viajar a su país, de verlo, de escuchar su voz...

-No me escuchas, ¿verdad?

Era Iván, frente a ella. Y fue como si estuviese en un paraje dividido en dos: brumoso el pasado límpido, y soleado el presente. Osvaldo en uno, Iván en otro. Pero a pesar de la niebla que cubría aquellos remotos días, era atraída con gran fuerza hacia ellos. No podía sustraerse a esos llamados insistentes que hacía Osvaldo.

-Entonces ¿qué?, ¿vamos a mi pueblo? -insistía Iván, impaciente.

-Si, claro, disculpa, me distraje

-Osvaldo otra vez, ¿verdad?

Un suspiro fue la respuesta de Mariana.-Vamos, vamos a tu pueblo,

pero antes debo recoger algo de ropa, ¿no crees?

En silencio se dirigieron a la calle del Cerro y poco después a tomar el transporte que los llevaría a la salida de la ciudad. Él, tan correcto, tan delicado. Había dejado atrás su actitud juguetona y la seriedad dominaba su semblante, inclusive parecía preocupado. -Bueno, ¿y ahora que le pasará? Se preguntó Mariana mientras hacían la fila para esperar el autobús. Cuando éste llegó era el autobús más grande que ella había visto en su vida y tenía en el centro una parte muy elevada y una chimenea en el frente. Iván le explicó que por eso la gente les decía "camellos" a esos transportes. Ella sabía que trasladarse de un lugar a otro en el país era un verdadero problema, lo había visto en las películas, pero resultó que no venía tan lleno y además le sorprendió que la gente no se abalanzara como en México a subirse a como diera lugar, sino que subían ordenadamente.

Caía la tarde y al recorrer las calles de la ciudad una honda nostalgia llegó a ella y sin poder contenerse musitó: -¡Osvaldo! -A pesar de que fue casi un murmullo, Iván alcanzó a escucharla: -¿Qué dices? -preguntó con el ceño fruncido. -Nada, nada -respondió ella

y siguió en silencio observando como iban quedando atrás las calles angostas del centro y comenzaban unas más amplias, modernas. Por fin llegaron a la autopista, al puente donde se bifurcaban las carreteras que conducían al oriente u occidente de la isla. No pasaba el autobús y en el gesto de Iván se acentuaba el malestar. Mariana trató de aliviarlo: -No te preocupes tanto, si no podemos ir nos regresamos al centro -Él la miró enojado pensando: “qué fácil se te hace, como si aquí uno pudiera ir de un lugar a otro sin dificultad”.

De pronto, un carro blanco, pequeño, cuya forma le pareció rara a

ella, se detuvo frente a ellos. De un salto se incorporaron de la banqueta donde estaban sentados. -¿Vas para Oriente? -escuchó a Iván preguntarle al chofer para inmediatamente abrir la portezuela invitando a Mariana a subir. El coche era fabricado en Rusia, así lo indicaban las palabras inscritas en algunas partes del auto, los asientos eran tan blandos que Mariana sentía hundirse. Ahora Iván iba alegre; puso su brazo sobre los hombros de ella, y entonces sintió revivir aquellos momentos que en un pasado tan lejano estuvieron tan llenos de regocijo: Osvaldo abrazándola mientras se miraban y sonreían. Allá, en Marianao. **TS**